

Elena García

El tormento de Álex

Nova Casa Editorial

Dedicatoria y agradecimientos

A ti, a quien tanto añoro. Por haber sido siempre mi pilar de apoyo. Por animarme a perseguir mis sueños y demostrarme que la edad no es un obstáculo. Tus palabras marcaron mi vida y me hicieron fuerte. Gracias a ti soy quien soy. Te quiero, abuelo. A mi marido, por ceder a mi capricho de convertirse en la portada de esta historia. Porque no imagino a nadie mejor en ella. Por ser mi inspiración, mi soporte y mi cimiento.

A mis hijos, por haber aguantado con madurez mi ausencia mientras me daba a estas líneas, porque gracias a su apoyo y comprensión todo ha sido mucho más fácil.

A mis padres y hermanos, porque cada uno a su manera ha sabido motivarme con su confianza. Gracias por todo lo que estáis haciendo.

A mis grandes amigos Juanma y Nieves, por estar siempre ahí. Por acompañarme en esta aventura y por esos grandes momentos que me estáis regalando.

Y, sobre todo, a mis chicas (y chicos) de Wattpad y Facebook. Sin ellos, este sueño nunca se hubiera cumplido.

Capítulo 32

Tras escuchar todo lo que Gabriel tenía que decirme, cuelgo.

—Deberías verte la cara —dice Laura—. ¿Pensando en matar a alguien? —ríe.

—No vas desencaminada —silencia su risa al oír mi tono serio.

—¿Qué ocurre? —me presta más atención.

—Erika está en España.

—¿Qué? —sus ojos se agrandan.

—Lo que oyes. Tengo que avisar a César cuanto antes. Es posible que tenga intención de hacerles algo. No se hubiera tomado tantas molestias para nada.

—Dios mío... —pone las manos sobre su rostro.

Marco el número de mi amigo varias veces y no obtengo respuesta.

—Mierda. Debe de tenerlo en silencio.

—¡Corre! ¡Ve a decírselo! —me empuja para que salga de la habitación.

—¿Podrás con todo esto sola?

—Iba a hacerlo desde el principio, no te preocupes. Tienes que informarles —asiento y camino rápido por el pasillo. Tomo las mochilas cuando paso por recepción y una vez que las cargo en el coche conduzco hasta el hospital.

Cuando estoy a punto de entrar a la habitación, veo a César sacando un par de cafés de una máquina expendedora.

—¡Hola, Álex! —dice cuando me ve llegar—. Te estaba esperando. ¿Quieres un café? No es muy bueno, pero calienta el estómago —sonríe, pero su sonrisa se apaga pronto. Frunce el ceño y me mira con más detenimiento—. ¿Pasa algo?

—Sí —digo serio—. Acaban de comunicarme que Erika está en España.

—¿Han conseguido detenerla? —sé que es lo que más desea. Conseguirá relajarse completamente cuando eso ocurra.

—No, amigo. Ha conseguido un pasaporte falso y está oculta en algún lugar. Estáis en peligro —su cara cambia y los cafés caen al suelo.

—No...

—Tranquilo, no voy a dejar que os haga daño.

—No puede ser. No podemos volver a pasar por lo mismo otra vez —mira al vacío.

—César, céntrate —temo que le dé una de sus crisis—. Vamos a arreglarlo todo para que no os pueda localizar.

—¿Cómo? —pregunta, agitado.

—Lo primero es cambiar de domicilio. Ganaremos tiempo así.

—Comenzaré a mirar casas hoy mismo —cambia el peso de una pierna a otra,

nervioso, y mira por todas partes.

—Hay que contratar más seguridad mientras estéis aquí.

—¡Contrata un ejército si hace falta! No puede acercarse a Natalia —se pone las manos sobre la cabeza. Está tratando de controlarse.

—Conozco a los mejores para esto. Déjalo en mis manos. ¿De acuerdo?

—Confío plenamente en ti. Sé que lo que hagamos será lo correcto —traga saliva—. Álex, Natalia no debe enterarse. Estas noticias en su estado podrían traer graves consecuencias.

—Tranquilo —pongo las manos sobre sus hombros—. Atra-paré a esa perra, aunque tenga que dejarme la vida en ello —mira al suelo y siento pena por él. Merecen ser felices después de todo lo que han pasado y no pienso dejar que Erika se interponga.

Le entrego las mochilas y paso a saludar a Natalia.

—Hola, Natalia. ¿Cómo estás hoy?

—Ufff... No lo sé. Todavía tengo la sensación de estar viviendo un sueño —sonríe.

—Creo que puedo imaginármelo —le devuelvo la sonrisa.

—Por cierto, Álex. Quería hablar contigo —mis pulsaciones aumentan, creo saber de qué—. ¿Hace mucho que no ves a Laura? —«Mierda».

—No mucho —respondo para salir al paso. No quiero explicarles que solo hace unos minutos.

—¿Sabes si tiene algún problema con alguien? Hoy estuvo aquí y me dejó bastante preocupada. Su aspecto es horrible y la chispa de mi amiga ha desaparecido —César se mueve inquieto—. Nunca he visto a Laura así y estoy muy intranquila. ¿Crees que podrías investigar un poco? Quizás está teniendo problemas con alguien y no me lo quiere decir —algo está pasando. Al parecer ese extraño comportamiento de Laura no es algo que llame solo mi atención. Parece ser nuevo hasta para su amiga.

—No creo que sea eso —dice César rápidamente—. Laura sabe defenderse muy bien. No deberías preocuparte tanto. Seguro que es porque todavía no se ha repuesto del susto que le diste —besa la cabeza de Natalia—. A medida que tú estés mejor, ella también. Ya lo verás.

—¿Tú crees? —pregunta.

—Estoy seguro —César hace un gesto que no me gusta nada y se activan todas mis alarmas. Descubrí hace tiempo que cada vez que mentía orientaba los ojos hacia su derecha. Está demostrado que ese movimiento activa la parte creativa del cerebro, lo que me indica que está mintiendo o inventando. Cuando me habla y los gira a su izquierda, es porque está recordando.

—Es hora de que me marche —les digo. Sé que César me acompañará hasta la puerta y aprovecharé el momento. Sabe algo y quiero descubrir qué es.

—Voy contigo —asiento conforme. Cierra la puerta y me habla—. ¿Cuándo crees que podrás tener listo al personal de seguridad? Después de saber esto necesito que sea cuanto antes.

—Mañana mismo tendrás a cuatro personas rondando por el hospital. Te llamaré para darte indicaciones.

—De acuerdo —se queda pensativo.

—Oye, César —atraigo su atención—, ¿tú sabes si realmente a Laura le pasa algo?

—se tensa de nuevo.

—No, pero imagino que ha sufrido mucho por Natalia —sus ojos vuelven a la zona creativa. Comienzo a ponerme nervioso, algo me está ocultando.

—Estás mintiendo —me mira fijamente—. ¿Te ha contado qué le pasa?

—No me ha contado nada, Álex, no seas pesado —otra vez ese movimiento de ojos que tanto odio.

—César, no sé por qué coño estás actuando así conmigo. Creo que tenemos suficiente confianza el uno en el otro como para que puedas contarme cualquier cosa, y más cuando estás viendo que estoy preocupado —sus ojos se abren—. Sí, estoy preocupado. No te hagas el sorprendido. Sé perfectamente desde cuándo estás enterado de que ha habido algo entre nosotros —sonríe—. Laura tiene la boca muy grande y Natalia parece no saber guardar un secreto —sonríe más ampliamente.

—Tienes razón. Estamos haciendo el tonto. Lo sé todo.

—Entonces dime de una puta vez qué está pasando. ¿Has sido tú quien le ha ayudado con su aborto?

—¿Cómo? —su expresión es de auténtico desconcierto. ¿Acaso no lo sabe?—. ¿De qué me estás hablando?

—Laura se hizo un aborto hace unos días. Me confesó que estaba embarazada de tres meses y yo mismo pude comprobar el momento en el que salió del quirófano.

—No sé nada de eso —ojos a su izquierda. No miente.

—Vale, supongamos que es cierto —cambio de tema. Si no lo sabe, quizás he metido la pata diciéndoselo—. ¿Qué le pasa entonces? ¿Qué te ha contado?

—Álex, no pienso aguantar este interrogatorio. No soy un delincuente —intenta marcharse, pero cierra mis puños en la tela de su pecho y le pego contra la pared.

—Ni Álex ni pollas —comienzo a alterarme por la impotencia—. Dime ahora mismo qué es lo que está pasando.

—¡No me presiones! —con un rápido movimiento se aparta de mí—. Sí, sé lo que le pasa. Te lo contaré ella si lo cree oportuno. Pero yo no traicionaré su confianza, y más cuando se dirigió a mí en calidad de médico.

—¿Calidad de médico? —pregunto con sorpresa.

—No, espera... —acaba de darse cuenta de las pistas que me ha dado.

—¿Está enferma? —un puzzle comienza a formarse en mi cabeza.

—No, no es eso —gira sus ojos a la derecha. Mi sangre se hiela.

—Mierda —me quedo pensativo—. Mañana hablamos —me marchó dejándole con la mirada perdida. Necesito saber qué es lo que tiene Laura. Quizás no le haya contado a César lo de su embarazo, pero... ¿Estaré en lo cierto? ¿Estará atravesando por una depresión? Si es así, creo que podría ayudarla. Tengo buen manejo con ello. Al único que no he sido capaz de ayudar es a mí mismo. Por desgracia, conozco todos los trucos que usa un psicólogo y no puedo ponerlos en práctica conmigo mismo.

Regreso al hotel con la intención de encontrarla y poder hablar con ella, pero para mi desgracia ya no está. Es imposible que haya cargado todo lo que había en esa habitación tan rápido y sola. Siento sed y decido tomar algo en el restaurante. Mi boca está seca y necesito algún líquido. Nada más entrar por la puerta mi cara hierve al ver que Laura está sentada con un hombre en una de las mesas. ¿Quién cojones es ese

tipo? Con pasos largos y rápidos me acerco hasta ellos.

—¡TÚ! —Miguel Ángel se pone en pie rápidamente al oír mi voz—. ¿Qué coño haces aquí?

—Esto es un lugar público. ¿Recuerdas? —contesta Miguel. Laura, al ver la situación, interviene.

—¿Queréis que me una al numerito? —dice tranquila—. Os aseguro que pasaréis la mayor vergüenza de vuestra vida... —los dos la miramos. Sabemos que no miente, y nos esforzamos por calmarnos. Es capaz de cualquier cosa y no quiero que los inquilinos del hotel se sientan incómodos, el lugar está bastante lleno hoy.

—¿Puedo saber qué cojones hace este aquí y contigo? —los ojos de Laura expresan sorpresa.

—¡Joder, musculitos! —ríe—. Cualquiera diría que estás celoso... —siento calor en mi cuello al tiempo que pongo los ojos en blanco. ¿Realmente lo estoy?

—¿Me he perdido algo? —dice Miguel Ángel—. ¿Estáis juntos? —nos señala alternativamente.

—No —respondo con sequedad. Laura baja la mirada y algo se rompe dentro de mí. Creo que le he hecho daño con mi afirmación. Pero solo he dicho la verdad.

—Miki está aquí para ver a Natalia. Ha venido algunos días —habla molesta conmigo—. Me llamó hace un rato por si quería acompañarle. Pero al decirle que acababa de estar con ella y que tenía que recoger algunas cosas se prestó a ayudarme antes de visitarla —le sonrío, y no me gusta, pero poco a poco la tensión de mis hombros desaparece. ¿Por qué me comporto como un gilipollas? ¿Por qué me importa tanto su explicación?

—Yo solo vine a ver si todavía podía echarle una mano, pero ya veo que se adelantaron —fulmino a Miguel Ángel con la mirada, y él, lejos de sentirse ofendido o amenazado, como me gustaría, levanta una ceja cómicamente—. Que tengas un buen día, Laura —me marcho. Cada vez me siento más ridículo.

—Espera —la oigo hablar detrás de mí. Me giro y viene corriendo.

—Mañana nos vemos. Me tienes que contar cómo se han tomado la noticia y si puedo hacer algo.

—Está bien —contesto. Eso me ayuda con mi intención de hablar con ella, aunque no sé si es buena idea. Cada vez que nos vemos saltan chispas entre nosotros y acabamos casi en la cama.

—Te llamo por la mañana —se pone de puntillas y deja un rápido beso en mi mejilla. La sensación de sus labios me embriaga. Estoy seguro de que, para ella, no soy más que otra presa fácil de culo prieto, o un mal polvo, como me aseguró la última vez. Aunque creo que esa parte solo la dijo por rabia. Lo que percibí cuando la tenía debajo no creo que se pueda fingir. Todo esto me está afectando demasiado. Soy incapaz de sacarla de mi cabeza y juraría que estoy enamorándome como un idiota. Presiento que cuando encuentre a otro con el que jugar me va a doler.

Salgo del restaurante mientras saco mi teléfono del bolsillo. Quiero ponerme en contacto cuanto antes con las personas que protegerán a César y Natalia a partir de mañana. Paso mis dedos por la pantalla para desbloquearlo y me entra una nueva llamada de Gabriel.

—Hola, Gabri. Espero que la razón para recibir dos llamadas tuyas en el mismo día sea para darme buenas noticias.

—No, Álex, por desgracia no te llamo para eso. Tenemos serios problemas.

—¿Qué ocurre?

—Ten mucho cuidado por allí. ¿De acuerdo? No sabemos cómo, pero el Carnicero ha logrado escapar de la cárcel hace un par de horas —retengo todo el aire en mi pecho y mi corazón da un gran vuelco. Es el hijo de puta que mató a Gema. ¿Qué coño está pasando aquí?

Capítulo 33

—¿¡Cómo que ha escapado!?! —grito. Mi respiración comienza a tornarse irregular y creo marearme. No puedo creerme lo que me está contando.

—Todavía no tenemos una hipótesis clara, prácticamente acaba de ocurrir. Pero estamos barajando la posibilidad de que alguien del interior haya dejado su celda abierta a propósito y ha bloqueado las cámaras de seguridad. Las exteriores estaban activas y han conseguido grabar cómo subía en un 4x4 negro que estaba esperándole afuera.

—¿Habéis podido ver al conductor?

—Nada. Sus ventanas estaban tintadas —hace una pausa—. Álex, ten cuidado, amigo. Recuerda que juró vengarse y te amenazó de muerte cuando le detuvimos.

—Debisteis habérmelo entregado cuando os lo pedí —aprieto con fuerza el teléfono.

—Sabes de sobras que no podíamos hacer eso. Estaba claro lo que pretendías. No te hubieras conformado solo con golpearle.

—Tenemos que dar con él cuanto antes —digo con rabia—. No quiero que ese hijo de puta goce de un minuto más de libertad. Debe pagar por lo que ha hecho —mis dedos comienzan a doler por la presión que estoy haciendo sobre la carcasa de mi móvil.

—Estamos en ello. En cuanto tenga noticias, te informo.

—Daos prisa, Gabri. Si lo encuentro antes que vosotros tendréis que enterrar a alguno de los dos.

—Cuídate de ese animal —cuelga.

«Tengo que encontrarlo como sea. Tiene que pagar por lo que hizo», me digo. Aprieto los dientes. Mi cuerpo está tan tenso que mis músculos comienzan a doler y tengo la sensación de que en cualquier momento podría explotar. Mi presión arterial debe de estar por las nubes.

Trato de calmarme y de recordar lo que iba a hacer antes de que me llamara Gabriel, y tras un rato dándole vueltas por fin lo consigo. Me pongo en contacto con los agentes de seguridad y les indico cuáles son los perímetros que deben vigilar. Tras pasar varios minutos instruyéndoles, por fin decido volver a casa. El día está siendo agotador y necesito despejarme.

Cuando abro la puerta del piso, Sonia sale.

—Hola, hermanito. ¿Cómo ha ido el día?

—Mal —contesto secamente.

—¿Has hablado con Laura?

—¡JODER! —grito, estresado—. ¿Vas a dejar de una vez el jodido temita? ¡No pienso tener ninguna relación con Laura!

—No, no voy a dejar el tema y menos cuando estoy segura de que esa chica podría sacarte del tormento en el que vives. He visto cómo la miras —cruza sus brazos—. Arregla esto, Álex Torres —mierda, está usando mi apellido. Oírsele a ella es peor que cuando lo hace una madre—. Arréglalo o lo haré yo. ¿Me oyes? —clava su dedo en mi pecho—. No vuelvo a avisarte más.

—¿Cuándo entenderás que no puedes meterte en mi vida? —digo con rabia.

—Cuando tú entiendas que eres parte de la mía. ¿Consentirías que yo estuviera pasando por lo mismo?

—No me gustan tus preguntas con trampa —entro a la casa—. No vengas muy tarde —digo sin mirarla.

—¿Y tú sí puedes controlarme a mí? —cierro la puerta y la dejo con la palabra en la boca. Necesito que el día acabe ya. Está siendo realmente duro.

Las siguientes horas las paso en mi cuarto tratando de poner en orden todos mis pensamientos. Laura, Erika, Carnicero, César, Natalia... No sé cómo voy a lograr centrarme en todo. Mañana intentaré al menos hablar con Laura y suavizar mi preocupación por ella. Si es lo que creo, espero que me lo cuente. Al menos sabiendo de qué se trata estaré más tranquilo y tendré una distracción menos. Minutos después, por fin consigo quedarme dormido.

A la mañana siguiente recibo un mensaje de Laura indicándome el lugar para vernos. Cuando llega la hora, me preparo y camino hasta allí. El bar está muy cerca de mi casa.

—Hola, musculitos —dice sonriente. Desde ayer parece otra. Sus maneras han cambiado como por arte de magia.

—Hola —contesto—. ¿Cómo estás?

—Preocupada. Apenas he podido dormir esta noche pensando en la perra de Erika. Si la tuviera delante la despellejaría y me haría un abrigo de piel con ella.

—Qué bruta... —sonrío. Me ha hecho gracia su expresión.

—Aunque más que un abrigo de piel, sería de poliéster —río a carcajadas. Tiene más razón que un santo. Erika debe de haberse dejado una fortuna en operaciones. Es como una Barbie de plástico.

Pedimos un par de cervezas y nos sentamos dentro. Además de que ya hace frío afuera, prefiero tener que vigilar solo una entrada. Si estuviéramos en la terraza, no podría controlar todo el espacio abierto. Desde que sé que ese individuo ha logrado escapar, tengo la impresión de podérmelo encontrar en cualquier parte. No le tengo ningún miedo, pero temo que pueda hacerle daño a quien esté a mi lado cuando me encuentre. Sé que dará conmigo tarde o temprano.

—¿Puedo decirte algo? —capto su atención y me mira atenta.

—Claro —toma un sorbo de su cerveza.

—Sé lo de tu aborto —suelto la bomba. Quiero saber hasta dónde le está afectando esa decisión. Se atraganta y escupe todo el líquido por la mesa.

—¿Yo? ¿Abortar? —contesta cuando se recupera—. ¿De qué cojones me estás hablando?

—No hace falta que lo ocultes, Laura. Puedes hablar abiertamente conmigo de ello —evito decirle que la vi salir del quirófano y que estuve allí hasta que despertó.

—Es que no tengo necesidad de ocultarte eso porque no es verdad —me mira,

confusa. Toma otro sorbo de su vaso.

—¿Quieres decir que aún estás embarazada? —tose después de oír mi pregunta.

—¡JODER! —grita—. ¿Te has propuesto matarme hoy?

—No, solo estoy tratando de que compartas tu carga conmigo. A veces hablar de las cosas que nos afectan ayuda a sobrellevarlo mejor —debería poner en práctica mis consejos.

—Mierda —dice como si estuviera recordando algo—. Creo que tengo que pedirte disculpas —se seca con una servilleta la boca.

—¿Por qué? —mi frente se arruga mientras espero su respuesta.

—El día que te dije que estaba embarazada, no era cierto. Solo quería que me dejaras en paz. Te di la razón como a los borrachos y funcionó.

—¿Estás de coña? —digo, alarmado.

—Precisamente ahora no. Lo siento —hace una mueca.

—¿He estado viviendo en una puta mentira todo este tiempo? —grito, y el camarero nos mira.

—Has estado creyendo lo que creías creer... Te recuerdo que fuiste tú quien vino a mí afirmando eso.

—¡Podrías haberme sacado de mi error!

—Entiende que entonces no quería saber nada de ti y te empeñabas en perseguirme —baja su mirada.

—¡Joder! ¡Solo quería aclarar las cosas! —me siento engañado, pero a la vez un gran alivio me recorre.

—Lo siento, Álex. De verdad —clava sus enormes ojos verdes en los míos—. Parece que nuestro orgullo, junto a los malos entendidos, nos la ha jugado.

—Eso parece —contesto tratando de calmarme. Los músculos de mi estómago están contraídos—. ¿Por qué fuiste entonces al hospital esos días? —se tensa.

—Nada importante, no te preocupes, revisiones rutinarias —sonríe. Sé que está mintiendo. La imagen de Laura sobre la camilla y todavía bajo el efecto de la anestesia viene rápidamente a mi mente.

—¿De qué te operaron, entonces? —me mira fijamente. Intenta hablar, pero se detiene. Abre la boca para decir algo y vuelve a cerrarla. Unos segundos después, por fin reacciona.

—Yo... Tenía un pequeño bultito de grasa en uno de mis pechos, pero nada importante. Decidí quitármelo por precaución.

—¿Y tan difícil era decírmelo?

—Es que... me da vergüenza —sonríe raramente y toma su vaso para dar otro sorbo. Parece que esta vez dice la verdad. Inspiro lentamente mientras me relajo. Si admite que le da vergüenza hablar sobre ello, será mejor que no siga por ahí. Sé lo incómodo que les resulta a algunas mujeres que le obliguen a hablar de un tema tan delicado. Ahora puedo entender muchas cosas. Quizás esa ha sido la razón por la que ha estado preocupada todos estos días y su estado anímico ha caído tanto. Aunque todavía está algo apagada, poco a poco va siendo la misma rubia vacilona de siempre.

Pasamos más de tres horas hablando de nuestras cosas y riendo. De todo es capaz de hacer un chiste. Realmente es una mujer muy cómica y divertida. Le explico cómo

se tomó César la noticia y su petición de silencio en cuanto a Natalia. Entiende que en su estado puede ser peligroso el impacto de ciertas noticias y me asegura tener cuidado. Es muy grato poder confiar en ella por fin. Cada vez que me sonrío siento un agradable cosquilleo en la boca de mi estómago. Estoy comenzando a rendirme. Que Dios y Gema me perdonen, pero soy incapaz de luchar contra estos sentimientos. La felicidad de Laura está convirtiéndose en una prioridad para mí.

Pago la cuenta y vamos hasta su coche. Se le está haciendo tarde y mañana tiene que hacer algunos recados. Tiene frío y rodea con uno de sus pequeños brazos mi cintura buscando calor. Paso el mío por sus hombros y mi pecho se hincha al tenerla tan cerca. Es tan agradable que me asusta. Cuando estamos cruzando la primera calle un todoterreno negro con las lunas tintadas pasa cerca de nosotros. Mi vello se eriza al instante y una mala sensación recorre mi espalda.

—Laura —me mira con su radiante sonrisa—, necesito que camines deprisa. ¿De acuerdo? —arruga sus cejas, extrañada, y se aparta de mí. Siento frío en la zona de mi cuerpo donde estaba apoyada.

—¿Pasa algo?

—Es posible. Haz lo que te diga. No me gusta nada ese coche —le señalo sin que apenas se note y parpadea—. Prepárate, que vamos a correr un poquito —miro a ambos lados de la calle y tiro rápidamente de ella—. ¡Ahora!

Oigo un frenazo, pero no miro atrás, necesito esconder a Laura cuanto antes. Si es quien creo y la ha visto, es posible que pueda hacerle daño para vengarse de mí. Antes de que el coche consiga dar la vuelta, callejemos para que les sea más difícil dar con nosotros.

—Álex, joder, no puedo seguir tu ritmo. Me duele un huevo el pecho —ahora entiendo por qué ayer mientras cargábamos bolsas en la habitación del hotel se sentía tan molesta. Si me lo hubiera dicho entonces no habría consentido que cargara ni una sola.

—¡Un poco más! ¡Vamos! —tiro más fuerte de ella aun sabiendo que siente dolor, y conseguimos entrar en un portal que alguien ha dejado abierto al salir. Cierro y quedamos apoyados contra la pared. Ambos jadeamos por el esfuerzo.

—¿Me lo explicas? —dice Laura aún sofocada.

—Es alguien a quien conseguí que metieran en la cárcel y está bastante molesto conmigo —evito darle más explicaciones.

—¿Cómo aquel gilipollas a quien retorcaste el brazo en la terraza? —sonríe.

—Sí, como aquel. Pero un poquito más peligroso —le devuelvo una sonrisa de “todo está bien”.

Un coche muy parecido al anterior pasa por la calle y las luces entran al portal. Me pongo sobre Laura y la cubro con mi cuerpo. La chaqueta roja que lleva llama demasiado la atención y podría verse a través de los cristales. Me relajo al ver que no es el mismo vehículo y dejo salir todo el aire de mis pulmones. Bajo la mirada y los ojos de Laura están clavados en mí.

—Tengo malas noticias para ti, musculitos... —rodea con sus brazos mi cuello. Sus ojos brillan—. Está empezando a gustarme demasiado esto de las persecuciones —cuando voy a sonreír, me besa inesperadamente. Cierro mis ojos y me dejo llevar. Su carnosa boca atrapa la mía. Tira despacio de mis labios con sus dientes haciéndome

gemir. Como cada vez que tengo un contacto con ella de este tipo, mi respiración comienza a acelerarse y mis instintos más profundos salen a flote. La necesidad de hacerla mía es más incontrolable en cada encuentro. Mis manos acarician su cuerpo y no puedo hacer nada para evitarlo. No pienso, no veo, no oigo... No soy yo cuando su sabor impregna mis papilas gustativas.

Capítulo 34

—Mamá, ¿qué están haciendo esas personas? —la voz de un niño me hace volver del cielo. Me aparto de Laura rápidamente.

—Nada, cariño, solo se están sujetando para no caerse —tira de su hijo y cuando pasa por nuestro lado nos habla de mala forma—. ¡Id a un hotel, pervertidos! —mi cara se enrojece y Laura comienza a reír escandalosamente.

—Pobre criatura, creo que la hemos traumatado.

—Yo también lo creo —me quedo mirando cómo se cierra la puerta tras ellos y el niño me dice adiós con su pequeña mano.

—Le has caído bien —Laura también mueve su mano para despedirse de él—. Qué simpático es —le lanza un beso.

—Creo que en eso no se parece a la madre... —vuelve a reír.

Salgo un par de veces del portal y compruebo que el coche ya no está. Respiro algo más aliviado. Hemos conseguido darle esquinazo, pero no acabo de fiarme. Es posible que hayan cambiado de vehículo y nos sigan igualmente. No puedo dejarla sola. La han visto conmigo y eso la pone en un serio peligro.

—Mi coche solo está dos calles más arriba y debería irme —dice Laura, preocupada por la hora.

—Vamos —abro la puerta y salimos. Parece tranquila. Estoy seguro de que no entiende a lo que estamos expuestos. Debo hablar con ella.

Cuando llegamos hasta el aparcamiento, se despide.

—Muchas gracias por esta tarde tan agradable.

—Hoy no te será tan fácil deshacerte de mí —extiendo la mano—. Dame las llaves.

—¿Cómo? —pregunta, confusa.

—Iré contigo.

—Álex, no es necesario. En serio. Estás casi en tu casa. ¿Cómo volverás después?

—Me las arreglaré —sigo con mi mano estirada.

—Está bien. Si es lo que quieres... —se encoge de hombros y me las entrega. Cuando abro, se acomoda en el lugar del copiloto. Es el momento. Tiene que saberlo.

—Ayer escapó un delincuente muy peligroso de la cárcel —me mira atenta mientras arranco el motor y coloco el asiento. Es demasiado estrecho y tengo las rodillas muy dobladas.

—No entiendo nada. ¿Por qué me cuentas esto?

—Es un narcotraficante muy poderoso al que estuvimos investigando durante más de tres años y al que finalmente, y después de mucho trabajo, dimos caza —parpadea—.

Es posible que me esté buscando y que ese coche que nos siguió antes tenga algo que ver con él.

—¿Y por qué en vez de escapar o salir del país viene a buscarte?

—Venganza —respondo con mi mandíbula tensa—. El día que lo apresamos supo que fui yo quien dirigió toda la operación, y juró acabar conmigo. Todos le temen porque saben que cumple sus promesas.

—¿¡Quiere matarte!?! —Laura pone las manos sobre su rostro.

—Quiere, pero no se lo voy a poner nada fácil.

—Álex, ¡tienes que irte de aquí! No puedes quedarte de brazos cruzados mientras alguien está intentando asesinarte. ¡Estás en peligro!

—Ahí quería llegar... —aprieto con fuerza el volante mientras giro—. Te han visto conmigo, es posible que tú también lo estés.

—¿Qué? —sus ojos se abren—. ¿Yo? ¿Por qué?

—Ese hijo de puta actúa así. No se conforma con pegarle un tiro a su enemigo. Le gusta saber que sufre primero.

—¿Pero...?

—Si realmente es él, nos ha visto prácticamente abrazados, y no lo habrá pasado por alto. Más vale prevenir que curar. De momento y hasta que me asegure de que estás a salvo, no me apartaré de ti. Espero que tu sillón sea cómodo.

—¿Hablas en serio?

—Nunca he hablado más en serio —continuamos en silencio. Durante el resto del trayecto, Laura no se mueve y está pensativa. Algo le preocupa, e imagino que tendrá que ver con su seguridad.

—Álex, yo tengo algunas cosas que hacer e ir a algunos sitios. Y, bueno... me gustaría tener un poco de intimidad.

—Podrás tener toda la intimidad que quieras. Adonde tengas que ir, te llevaré. Esperaré a que salgas en el coche, no te preocupes por eso.

—No sé si eso resuelve mi problema —suspira. Espero que no esté pensando en verse con otros tíos. No sería capaz de controlarme si se trata de eso.

Llegamos por fin a la casa y antes de que baje del coche observo a los que vienen detrás de nosotros. Parece que está todo en orden. Le hago una señal y baja. Caminamos deprisa hasta el bloque de pisos y entramos. Su expresión es distinta. Estoy seguro de que no le gusta la idea, pero no queda más remedio que hacerlo así. No pienso arriesgarme ni arriesgarla. Yo la he expuesto. Es mi responsabilidad protegerla.

—Siento todo esto...

—No te preocupes —dice sin mirarme mientras abre la puerta de su piso—. Solo espero que esto se solucione pronto. No entiendo esta nueva moda de “todos en peligro”. ¿Primero César y Natalia y ahora nosotros? De verdad que no me entra en la cabeza.

—A mí tampoco —es cierto lo que dice. Parece que estuviéramos viviendo en una película de terror.

Nunca había tenido la oportunidad de entrar en su casa. Siempre me ha recibido en la puerta de abajo. Es tan ella... Todo está decorado con colores alegres. Uno de los sofás llama mi atención. Es rojo y tiene forma de labios. La miro extrañado y se encoje

de hombros.

—Me gustó —sonríe.

—Ya veo —le devuelvo la sonrisa y me siento sobre él—. No muerde, ¿verdad?

—No... Solo se traga mandos a distancia, llaves y teléfonos móviles —ríe.

—Lo tendré en cuenta —me recuesto para tener mejor acceso a mis bolsillos y lo saco todo de ellos. Me mira atenta. Dudo al decidir qué hacer con mi arma y finalmente decido ponerla junto a mis cosas. Siempre la llevo cargada y no quiero ningún susto mientras duermo.

—¿Qué coño es eso? —señala mi pistola como si hubiera visto al diablo—. No quiero eso en mi casa.

—Eso, señorita, es lo que salvó la vida de tu amiga Natalia y lo que posiblemente nos la salve a nosotros si es necesario. Deberías hablar con más respeto de ella.

—No me gustan esos trastos... —ignoro sus palabras. Pone el bolso en la mesa y camina hasta lo que parece su habitación—. Voy a ponerme cómoda —asiento y se marcha. Me descalzo y subo los pies a la pequeña mesa de madera. Sin querer, golpeo su bolso con la pierna, y al estar abierto el contenido se derrama por el suelo.

«Mierda». Me pongo en pie rápidamente y comienzo a guardarlo todo deprisa. No quiero que descubra mi torpeza. Recojo varias barras de labios, una cartera, un juego de llaves, bolígrafos, una pequeña agenda, tarjetas de visita y lo que parecen unas fotocopias dobladas por la mitad. Lo coloco todo como puedo y vuelvo a poner el bolso en su sitio. Me siento frente a él como si no hubiera pasado nada y me doy cuenta de que uno de los folios ha quedado fuera. Estiro la mano para empujarlo hacia dentro cuando leo algo que llama mi atención: *Oncología*. Arrugo la frente y giro la cabeza para seguir leyendo el trozo visible. Siento que no debería estar tocando esos papeles, pero después de ver esa palabra no puedo evitarlo.

Paciente: mujer de 25 años de edad, diagnosticada de Carcinoma Ductal.

«Esto no puede ser cierto», me digo. La imagen de Laura con la mano en su pecho corta mi respiración. Cáncer...

Se sometió a IQ para intentar extirpar el tumor. Actualmente en revisión periódica y a la espera de radioterapia postoperatoria. Mis piernas tiemblan. Acabo de comprenderlo todo. Mi corazón bombea con fuerza y las palmas de mis manos comienzan a sudar.

—¿Qué estás haciendo? —Laura toma el bolso rápidamente. Hay miedo en sus ojos.

—Laura —intento hablar, pero solo gesticulo. Siento un gran nudo en mi garganta. Pongo las manos en mi cabeza y respiro con fuerza—. ¿Qué coño...? ¿Qué coño te está pasando? —me siento impotente. Desesperado. Un gran dolor me atraviesa y mis ojos se llenan de lágrimas. La sola idea de perderla a ella también me mata. Deja caer el bolso y pone las manos sobre su cara. Lloro amargamente—. ¿Por qué no me lo has dicho? —varias lágrimas corren por mis mejillas—. ¿Por qué cojones no me has contado esto? —niega con la cabeza, no habla—. ¿Desde cuándo lo sabes? —vuelve a negar y se deja caer derrotada en el suelo. Pongo las manos sobre mis muslos, tratando de respirar. El impacto de lo que acabo de descubrir me está ahogando. Jamás imaginé que Laura me importara tanto. La miro, está hundida, y yo, paralizado. Soy incapaz de reaccionar—. ¡JODER! —grito y lloro a la vez. Puedo intentar salvarla de cualquier cabrón, pero esto se me escapa de las manos.

Varios segundos después consigo que mi cuerpo responda y camino hasta el bolso. Necesito saber en qué grado está. Saco los informes y continúo leyendo: *Etapas precancerosa*. Aunque sigo asustado, es una gran noticia. De todo lo malo, es lo menos malo. No le han realizado una mastectomía completa, y por eso tendrá que someterse a radioterapia. Al ser una chica joven, han querido salvar su pecho y solo le han hecho una pequeña incisión. Necesita esas radiaciones para acabar con las células cancerosas que hayan podido quedar después de la extracción. Descubro que los recados de los que hablaba para mañana en realidad son una cita médica. Miro de nuevo a Laura, que todavía sigue llorando en el suelo, y mi corazón se encoge. No quiero que le pase nada. No me hago a la idea de que pueda estar enferma. Me arrodillo junto a ella y la abrazo con fuerza—. Lo vas a conseguir. ¿Me oyes? —susurro en su oído—. Por mis cojones que vas a salir de esta —beso su cabeza y me rodea con sus brazos.

Capítulo 35

—Tengo mucho miedo, Álex —solloza—. Estoy haciendo todo lo que puedo. Me voy a someter a todos los tratamientos, pero estoy aterrada.

—Chsss... —acaricio su pelo.

—Mi madre murió por esta maldita enfermedad —tomo su barbilla y tiro de ella.

—Tú no —beso su mejilla y mis labios se humedecen con sus lágrimas—. ¿Alguien más lo sabe?

—Solo César —siento rabia. Esto era lo que mi amigo sabía y no me quería contar. Aunque le golpearía ahora mismo, entiendo por qué lo hizo.

—¿Quieres decir que estás pasando por esto sola? —asiente y se pega de nuevo a mi pecho—. ¿Y tu familia?

—Mi familia es la de Natalia, y después de lo que están pasando no puedo contarles esto —sorbe por su nariz.

—¿Tu padre también murió? ¿No tienes hermanos? —es extraño, pero nunca hemos hablado de su familia.

—Mi padre se volvió loco cuando mi madre murió. Un día se levantó y se fue. Desde entonces lo único que he sabido de él es que vive en Salamanca con una prostituta —seca su cara—. Y para mi desgracia no tengo hermanos en los que apoyarme, y Natalia no puede enterarse.

—Tendrás que conformarte conmigo, entonces —me mira como si no entendiera lo que le digo—. No pienso dejarte sola en medio de esta lucha —me abraza y vuelve a llorar.

—Álex, yo no quiero que sufras esto conmigo —levanto su cabeza para que me mire.

—Es tarde para eso, ¿no crees? —seco sus lágrimas con mis dedos, pero siguen cayendo más—. Lo vamos a conseguir, ya verás —sonrío y beso su frente—. Y ahora tienes que ir a la cama, que es tarde y mañana madrugas —paso las manos por su cuerpo y me pongo en pie con ella en brazos. Camino hasta la habitación donde entró antes, clavo la rodilla en el colchón y la dejo caer lentamente sobre él. Cuando voy a levantarme me rodea con sus manos.

—No te vayas —tiembla.

—No me iré. Voy a dormir sobre esos labios tan provocativos que tienes por sofá en el salón.

—Quédate conmigo... Por favor —trago saliva y miro alrededor de la habitación. No hay ninguna silla donde sentarme. Noto que se hace a un lado en la cama y me tenso. Tengo la sensación de que estoy haciendo algo malo. Me echo junto a ella, y en cuanto

apoya su cabeza en mi pecho toda la culpabilidad desaparece.

Paso la noche entera observándola. No quiero perderme ni un solo minuto a su lado. Cada vez que se mueve o incomoda, la rodeo con mis brazos y se calma. Me reafirmo en mi creencia. Es igual que un hada. Acaricio su pelo y suspira. Es tan perfecta... No merece lo que le está pasando. Está enamorada de la vida y sabe disfrutarla mejor que nadie. Es una persona tan alegre y positiva que contagia. Consigue que disfrute y me olvide de todo cuando está cerca. Ya no me acordaba de cómo era eso hasta que la conocí. Semanas atrás solo pensaba en una cosa, y ella está haciendo que eso cambie. Cada vez que abro los ojos todo es distinto. Ahora tengo motivaciones. Me despierto con ganas de verla y hago todo lo que está en mi mano para encontrarme con ella. Cualquier excusa es buena.

Rozo delicadamente su suave cara con la yema de mis dedos y poco a poco abre los ojos. Los tiene hinchados. Anoche se durmió llorando.

—Buenos días —le digo, y sonrío al oírme.

—Buenos días, musculitos —se estira y besa mis labios suavemente. Antes de que pueda retirarse, pongo una de mis manos en su cabeza y, presionándola contra mí, le devuelvo el beso. Protesta. Cuando por fin la dejo ir, toca sus labios—. Me has mordido...

—Lo sé —ríe—. Te la debía.

—Muy gracioso —se levanta y camina hasta el armario. Toma unas toallas, algo de ropa y entra al baño.

Mientras espero, paso la lengua por mis labios. Todavía siento la presión de su boca contra la mía y me encanta. Me pasaría el día besándola sin parar. Algunos recuerdos intentan apoderarse de mi mente, pero por primera vez soy capaz de desecharlos. Me siento mal por ello, pero necesito un descanso mental. He encontrado un oasis en el desierto y quiero quedarme en él un ratito más. Esa horrible garra que me rasga por dentro parece estar calmada, y necesito que siga así. Mi teléfono vibra en la mesilla y me giro para ver de quién se trata. Desconozco el número, pero descuelgo igualmente.

—¿Sí? —contesto.

—Buenos días. Le llamo de la Comisaría General de la Policía Científica. ¿Podría hablar con Álex Torres?

—Podría... ¿Quién pregunta por él? —creo reconocer la voz, pero no estoy seguro.

—El comisario Ibáñez —abro los ojos y me siento rápidamente en la cama.

—Hola, comisario, cuánto tiempo... —trato de ocultar mi impresión.

—¿Cómo estás, muchacho? Desde que te fuiste no he vuelto a saber nada de ti... —nos llevábamos bien.

—Estoy... Que no es poco. ¿A qué se debe esta llamada? —pregunto, extrañado.

—Verás... —carraspea—. Me gustaría poder hablar contigo de esto en persona, pero debido a la urgencia tendremos que hacerlo por teléfono.

—Le escucho.

—Imagino ya que estarás enterado de que el Carnicero se ha escapado de la cárcel.

—Sí... —cierro mi mano libre en forma de puño—. Estoy enterado.

—Hemos descubierto que la persona que lo ayudó es un empleado de la penitenciaría que también huyó. Sé lo difícil que va a ser para ti aceptar lo que estoy a punto de pedirte... —me tenso—, pero es necesario que vuelvas a trabajar para nosotros.

—¿Qué? ¡No! —mi respiración se corta.

—Álex, eres la única persona capaz de atraparlo. Has estudiado su comportamiento durante años y le conoces mejor que nadie. Te necesito en el caso.

—No, no volveré a trabajar para la policía —mi mirada queda fija en la pared y varias imágenes dolorosas se ceban con mi mente.

—Sé lo duro que es esto para ti. También lo está siendo para mí, y puedo ponerme en tu lugar. Perder a mi hija en aquella misión ha sido con diferencia lo peor que me pasado en la vida. No pasa un solo día en el que no me arrepienta de haberla dejado formar parte de aquello —hace una pausa—. Insistió tanto que no tuve más remedio que aceptar —le cuesta hablar.

—Lo sé —digo sincero—. También me tocó pelear con ella cuando me negué. Era tan testaruda que siempre conseguía lo que se proponía —mis lágrimas amenazan con salir.

—Te necesito para esto, muchacho —suspira—. Los dos deseamos dar con él y que pague por lo que le hizo.

—Esta tarde me paso por allí.

—Gracias, Álex. Sabía que no me fallarías. Eres mi única esperanza —cuelga.

Pongo los dedos sobre el tabique de mi nariz y apoyo la cabeza en ellos. Volver a hablar con el padre de Gema ha reabierto viejas heridas en mí.

—Ya casi estoy —levanto la mirada y Laura está delante de mí, buscando algo en algún cajón. Lleva puesta una camiseta larga y casi puedo ver su ropa interior cada vez que se inclina. Tiene unas piernas increíbles—. ¿Quieres darte una ducha?

—Cuando volvamos de tu consulta pasaré por casa y lo haré allí. Recuerda que no traje ropa limpia.

—¿Vendrás conmigo a la consulta? —se incomoda.

—Durante algunos días iré contigo a todas partes —respondo—. Pero no te preocupes, esperaré a que salgas. Solo te acompañaré para asegurarme de que llegas bien.

—No voy a acostumbrarme a esto... —dice mirando al vacío—. ¿De verdad es tan peligroso como dices?

—Por desgracia sí —me mira, pero no dice nada.

Cuando por fin está lista, nos dirigimos a la consulta. Lo vigilo todo a mi alrededor, y parece tranquilo. Es posible que no hayan descubierto dónde vive Laura todavía. Intentaré sacar provecho de esa ventaja.

Nada más llegar, nombran a Laura y me quedo en la sala de espera. Hay varias personas sentadas allí. Todas aparentemente mayores que ella. Algunas llevan pañuelos y gorros para tapar sus cabezas y parecen tristes. Ojalá descubran pronto la cura contra el cáncer. Nadie debería tener que pasar por algo así jamás. Es alarmante la cantidad de casos nuevos que aparecen cada año. Pero lo que realmente me preocupa es la edad de los pacientes. Cada vez lo tienen personas más jóvenes. ¿Qué estamos haciendo mal? Quince minutos después por fin sale Laura.

—¿Cómo ha ido? —pregunto, nervioso.

—Bien. Parece que mi herida está prácticamente curada y quieren empezar con la radiación la semana que viene.

—¿Cuántas sesiones te darán?

—De momento cuatro semanas. De lunes a viernes y descanso sábados y domingos —la noto desanimada. Debe de ser muy difícil para ella.

—Deberías estar contenta con el tratamiento —me mira—. Por lo que veo, no te hará falta quimioterapia. Eso es una gran noticia.

—Sí, la verdad es que sí. Parece que he tenido suerte —sonríe sin ganas.

—Hola, Laura —levanto la mirada y hay una chica frente a nosotros. Tiene un pañuelo rosa sobre su cabeza y está muy pálida.

—¡Hola, Berta! ¿Cómo estás, preciosa? —Laura sonríe ahora más ampliamente.

—Regular —dice apenada—. Me siento muy débil últimamente.

—Tienes que ser fuerte —acaricia su cara—. Pronto todo esto pasará y podrás seguir con tu vida. No podemos dejar que nos venza.

—No... —antes de que la chica acabe su frase tiene que marcharse. La enfermera acaba de llamarla.

Mientras volvemos al coche Laura me explica que conoció a Berta hace unos días en la sala de espera, y que solo tiene 17 años. Suelen coincidir, y cada vez que lo hacen charlan y se desahogan la una con la otra. Me alegra saberlo. Tener contacto con personas que están pasando por lo mismo que tú siempre es una buena terapia.

Todavía es pronto y decidimos ir a ver a Natalia. Dejo a Laura con ellos. Sabiendo que los chicos de seguridad están allí me voy tranquilo. Conduzco hasta mi apartamento para ducharme. Ahora que ella no viene conmigo no me siento para nada cómodo en su coche, es demasiado pequeño y llamativo para mi gusto. Aparco donde puedo y camino hasta mi casa. Abro la puerta y el pasillo vuelve a estar lleno de trozos de tela. Camino tratando de no pisarlos y entro al salón con la intención de saludar a Sonia. Nada más abrir la puerta, me quedo petrificado...

Capítulo 36

Mi hermana está arrodillada delante de un tío en calzoncillos. Pestañeo varias veces, impactado. Cuando se da cuenta de que estoy ahí, me habla.

—Hola, hermanito. No seas malpensando. Estoy trabajando —levanta el brazo y veo que tiene en la muñeca un cojinete lleno de alfileres—. Voy a crear el pantalón más original del mundo.

—¿Y tiene que ser en mi salón? ¿Dónde como todos los días? —lleva días trabajando en casa, pero nunca hablamos de que pudiera traerse a los modelos aquí.

—Necesito moverme y mi habitación es demasiado estrecha —tiene razón. Definitivamente, la casa se nos ha quedado pequeña para los dos—. Ten paciencia. En una semana me han asegurado que estará listo mi nuevo taller de costura —resoplo y me quedo mirando al modelo. Hay algo familiar en su cara, pero me deslumbra el sol que entra por la ventana y no puedo verle bien. Comienza a vestirse rápidamente mientras me da la espalda.

—¿Te conozco? —le pregunto, extrañado. Sé que lo he visto antes en algún sitio, pero no lo asocio.

—No lo creo —dice Sonia, segura—. No es de aquí, vive en un pueblo de Toledo. Le conocí hace unos días. Viene todas las semanas a ver a una amiga a la que han hospitalizado —mi pecho se hincha de aire y un gran calor sube por mi garganta.

—¿¡TÚ!? ¿¡Qué cojones haces aquí!? —grito y camino hacia él, pero mi hermana se pone en medio.

—¡Con lo grande que es el puto mundo! —dice Miguel Ángel mientras recoge sus cosas—. Esto solo puede pasarme a mí.

—¿En serio os conocéis? —Sonia nos mira con sorpresa.

—¡Por desgracia! —grito de nuevo—. ¡Lárgate de mi casa!

—¿Quieres calmarte, hermanito? —cruza sus brazos—. ¿Podéis explicarme qué pasa aquí?

—Te lo voy explicar yo —respondo, cabreado—. A este cabrón le gustan demasiado las mujeres. Aléjate de él. Intentó besar a la novia de César —sus ojos se abren y le mira—. Y ahora lo está intentando con Laura.

—¿Laura? ¿Tu amiga la rubia? —me mira con media sonrisa en su cara y me arrepiento al instante de haberla nombrado.

—¿Por qué no explicas lo que pasó realmente? —dice Miguel Ángel, malhumorado—. Natalia me dijo que César y ella eran solo amigos y habíamos bebido bastante aquella noche. Y para tu información, te diré que no busco nada con Laura. ¿Crees que no me

di cuenta de cómo marcabas territorio ayer? —levanto las cejas sorprendido y mi hermana ríe a carcajadas.

—¿En serio hizo eso? —le pregunta.

—Solo le faltó mear en su tobillo —Sonia ríe más fuerte.

—Es todavía mejor de lo que creía —las nuevas palabras de mi hermana, por alguna razón, me cabrean más aún. Me niego a admitir lo que están pensando.

Tomo del brazo a Miguel Ángel y con un rápido movimiento se lo doblo detrás de la espalda. Abro la puerta del apartamento y lo empujo afuera.

—¡Tú, a la mierda! —cierro de un portazo—. Y tú... —la señalo con el dedo—, ¡cállate o le harás compañía! —lejos de temerme, sigue riendo a carcajadas.

Voy hasta mi cuarto y abro la puerta del armario con rabia. Como vuelva a encontrarme a ese idiota le romperé la cara. Saco toda la ropa que necesito. Entro a la ducha y me relajo al notar los chorros de agua correr por mis hombros. Poco a poco consigo calmarme y mis ganas de retorcer el cuello a ese personaje van desapareciendo. Ponerme tan a la defensiva cuando hablan de Laura debe de ser por algo. Este conflicto que tienen mi cerebro y mi corazón acabará conmigo.

Me visto rápido. Quiero acabar cuanto antes en la comisaría para volver con ella. Necesito estar a su lado, ya no solo por el peligro al que pueda estar expuesta, sino también para mostrarle mi apoyo. Si está sola le dará vueltas a su enfermedad. Pero si está acompañada y entretenida todo será más llevadero para ella.

Salgo de la casa sin despedirme de mi hermana. Necesito que sepa que estoy molesto. No sé muy bien por qué, pero así quiero hacérselo ver. Estoy cabreado y punto.

Corro hasta el aparcamiento y subo a mi coche. No pienso conducir ese bicho amarillo ni un minuto más. Ya me las arreglaré para llevárselo a su casa. Cuando llego a la comisaría varios *flashbacks* hacen que me detenga...

—¿Dónde vas? —me cruzo con Gema cuando salimos de la comisaría. Varios de nuestros compañeros van con ella, dándole explicaciones. Lleva puesta una minifalda y una camisa escotada.

—He quedado con un narco muy poderoso —levanta sus cejas repetidas veces.

—No vas a ir —sujeto su brazo y tiro de ella con fuerza—. Lo hemos hablado mil veces. ¡NO VAS A IR! —grito cerca de su cara—. Ya has hecho tu trabajo con él —durante días, ha estado en contacto con el Carnicero, haciéndole creer que iba a comprar varios kilos de droga—. Ahora nos toca a nosotros. ¡Es demasiado peligroso que vayas hoy, y lo sabes! —estamos a punto de ir a darle caza.

—Álex, la necesitamos para que se confíe. Ella no levantará sospechas —dice uno de los agentes—. Y vestida así sabemos que al menos llamará su atención —ríe descaradamente.

—¡Si quieres llamar su atención envía a tu puta madre! —grito de nuevo—. Ve a cambiarte ahora mismo, Gema.

—Te recuerdo que trabajo en lo mismo que tú —pone las manos en sus caderas—. Y que estoy aquí porque me lo he ganado a pulso, nadie me ha regalado nada. Sé hacer mi trabajo.

—No empieces... —trato de calmarme para que me escuche—. Si a estos no les importa que te pase algo, a mí sí. Las cosas pueden hacerse de otra manera y sin

necesidad de exponer la vida de nadie.

—Álex, muchacho, te estaba esperando —la voz del comisario Ibáñez me saca de mis recuerdos. Levanto la mirada y le veo. Está algo más viejo y canoso, pero sus ojos siguen siendo idénticos a los de Gema. Se aparta de la puerta para que entre. El edificio está exactamente igual. No han cambiado nada. Mire donde mire puedo verla. Sentada en una de las mesas tomando café con la secretaria, buscando en los ficheros, bromeando con los de la limpieza... Inspiro profundamente y trato de centrarme. El padre de Gema se da cuenta y me guía hasta su despacho—. Tienes que hacerte a la idea... —dice mientras pone una de sus manos en mi hombro—. Sé por tu hermana que no lo estás llevando nada bien, que no has estado con otra mujer y que el tiempo no está curando tus heridas.

—Tendré que hablar con Sonia muy seriamente.

—Ella solo se preocupa por ti —Sonia y él siempre se llevaron bien. Gema y ella se hicieron muy amigas y se visitaban a menudo—. Agradezco mucho que le guardaras el luto a mi hija de esa manera durante los primeros meses. Si te soy sincero, no me hubiera gustado nada oír que andabas con otras al poco de que ocurriera. Pero entiendo que ha pasado mucho tiempo, eres un hombre joven y ella ya no está entre nosotros.

—He venido a hablar de trabajo —digo cortante.

—Álex, conocía muy bien a mi hija y sé que te quería, y que quería lo mejor para ti. Verte así le haría mucho daño. Más del que puedas imaginar.

—¿Hablamos o me marcho? —no puedo seguir oyéndole. Me duele demasiado. Asiente y cierra la puerta.

Durante un par de horas revisamos varios informes policiales. Entre ellos el que escribí sobre el Carnicero cuando estaba tras él. No me hace falta repasarlo demasiado, por desgracia lo tengo grabado a fuego en la memoria. Cuando por fin acabamos, entiende mi decisión de trabajar desde casa y no me pone impedimentos.

—Llévate todo el material que necesites. Mañana te prepararemos un portátil con los informes para que puedas ir enviándonos lo que vayas anotando —abre uno de los cajones y pone algo sobre la mesa—. Esto es tuyo.

—Mi antigua placa —mis pulsaciones aumentan. Dudo por un momento, pero finalmente la tomo entre mis temblorosos dedos. Luché muy duro para poder formar parte de la policía científica.

—Quiero que también tengas esto... —saca un arma y la pone donde antes estaba la placa—. Había pensado en devolvértela tuya, pero creo que esta será mejor —me fijo en ella y la reconozco. Mis ojos se abren por la sorpresa. Era la pistola de Gema—. Te traerá suerte —sonríe—. Sé que no debería animarte a esto, pero si la vida de alguien corre peligro, métele una bala entre ceja y ceja a ese hijo de puta.

Unos minutos después, nos despedimos y me marcho en busca de Laura. Cuando llego, César está fuera de la habitación preparando algunas cosas.

—Hola, amigo. ¿Cómo estás? —me sonrío. Está contento.

—¿Me he perdido algo? —pregunto, devolviéndole la sonrisa.

—¡En unos días nos vamos a casa! —grita.

—¿En serio? —digo, sorprendido.

—Como te lo estoy diciendo. Acaba de irse la doctora Nova. Parece que Natalia podrá

terminar de hacer la rehabilitación en casa.

—¡Eso es fantástico! —algo pasa por mi cabeza en ese momento—. Oye... ¿Iréis al hotel?

—No nos queda más remedio por ahora. He encontrado una casa, pero ni de lejos estará lista hasta dentro de unas semanas.

—¿Se lo has contado a Natalia?

—No —susurra y hace un gesto para que baje la voz—. Solo le puse en conocimiento que quería mudarme a un lugar más tranquilo.

—Está bien —le digo—. Luego hablamos, vengo a recoger a Laura.

—¿A Laura? —levanta las cejas.

—Fin de la conversación —le dejo riendo y entro a la habitación.

Nada más abrir la puerta, las dos se me quedan mirando y sonríen, cómplices, entre ellas. No hace falta que me digan de qué han estado hablando todo este tiempo. Mis sospechas se confirman cuando, al despedirnos, Natalia gesticula un *gracias* dirigido a mí cuando Laura no la ve.

—¿Y mi coche? —dice al ver el mío.

—En el prado pastando con los demás bichos.

—Muy gracioso. Como le haya pasado algo te vas a enterar —sube al asiento del copiloto y se pone el cinturón.

—¿Te importa si pasamos primero por mi casa? —quiero dejar mi pistola allí. Llevar dos es molesto.

—No tengo problema —contesta mientras busca en la guantera. Ya no tengo ese miedo a que encuentre algo ahí que no deba. Aparco y bajamos—. ¿Estará tu hermana? —pregunta, inquieta.

—Es posible. Cuando me fui antes se quedó trabajando.

—¿No le importará? No quiero molestar.

—Al contrario —resoplo—, estoy seguro de que se alegrará mucho de verte —sonríe—. Pero si crees que estarás incómoda puedes quedarte en el descansillo. No se enterará de que estás ahí y yo tardaré poco.

—No te preocupes. Me apetece saludarla.

Caminamos hasta el portal y, como en otras ocasiones, está abierto. Ya no sé cómo voy a decirles a los vecinos que cierren cuando salgan. Mientras subimos las escaleras Laura va pellizcándome las piernas. Me paro a reñirla un par de veces, pero es inútil. Cuando algo le hace gracia no para. Saco la llave de mi bolsillo cuando llegamos al apartamento y algo llama mi atención. Mi puerta está entreabierta. Miro con más cuidado y descubro que la cerradura está reventada.

Capítulo 37

—¡SONIA! —nadie contesta—. No te muevas de aquí —le digo a Laura, que asiente, asustada. Saco rápidamente mi arma y de un fuerte empujón abro la puerta—. ¡SONIA! —grito y entro en la casa. Camino nervioso por el pasillo. Tengo miedo de lo que me pueda encontrar. Estoy muy preocupado por mi hermana. Todo está patas arriba. Da la sensación de que una manada de elefantes hubiera pasado por aquí. No hay sangre ni rastro de Sonia. Cuando compruebo que la casa está vacía saco mi teléfono del pantalón. Marco su número y rezo para que me lo coja. Quiero agarrarme a la esperanza de que no estuviera en casa cuando vinieron. No contesta. Repito la misma acción más de diez veces y con cada una de ellas el mundo se me viene encima—. ¡VAMOSSS! ¡COGE EL PUTO TELÉFONOOO! —grito histérico y cada vez más desesperado. Comienzo a hiperventilar. Si la tiene el Carnicero estoy seguro de que la utilizará para vengarse de mí y después acabará con su vida. Quiero despertar de esta pesadilla. Laura entra en ese momento y se queda mirándolo todo con las manos en la boca.

—Dios mío. ¿Qué ha pasado aquí? —clava sus ojos en mí—. ¿Álex? ¿Y Sonia? —hay preocupación en su rostro. No contesto. Mi corazón bombea con fuerza en mis oídos. Tengo una gran sensación de pérdida—. Álex... —viene hacia mí y pone una de sus manos en mi pecho. El contacto de su piel con la mía hace que todo se vuelva más real. La creencia de pesadilla desaparece y comienzo a pensar con más claridad. Marco el número de la comisaría. Estoy tan alterado que tengo que intentarlo varias veces porque no lo consigo a la primera. Las cámaras del banco que tengo enfrente de casa seguro que han captado algo y necesito tener acceso a las imágenes. Mientras hablo con uno de los agentes oigo sonar el teléfono de Laura. Contesta y entra a una de las habitaciones para no molestarme mientras habla. Anoto las claves de acceso a la cámara y cuelgo. Pongo las manos sobre una de las mesas y me apoyo en ella. La angustia me vuelve a bloquear. Los brazos de Laura rodean mi cintura en ese momento y noto su pecho pegado a mi espalda.

—Tengo buenas noticias para ti —me dice, y me ofendo. ¿Cómo cojones puede hablar de algo así en un momento como este?

—¿Te estás riendo de mí? —contesto, furioso, y la aparto.

—Nunca me reiría de ti, musculitos —sonríe ampliamente y me descoloca.

—¿Se puede saber a qué coño estás jugando?

—Sonia está bien —dice como si nada. Mis ojos se agrandan y la miro atento—. Está con mi amigo Miguel Ángel en la puerta de mi casa.

—¿Qué? —mis piernas comienzan a temblar.

—Parece que Sonia se ha enterado de que Miki y yo nos conocemos y le ha pedido que la lleve a casa para hablar conmigo, y al ver que no me encontraba allí me ha llamado para ver dónde estaba. Le he contado lo ocurrido, espero que no te importe.

—¿¡Qué!?! —trago saliva. No sé si reír o llorar. La situación me supera. Hay demasiados sentimientos contradictorios en mi cabeza. Abrazaría y golpearía a esos dos cabrones en este mismo momento. Pero estoy tan feliz de que Sonia esté bien que lo único que quiero es verla para asegurarme de que es cierto—. Vamos con ellos —camino deprisa y Laura me sigue. Tengo que poner a salvo a mi hermana como sea. Ya me encargaré del destrozo después.

—¿Sabes que puede querer tu hermana? —pregunta intranquila mientras sube al coche. Debe de estar dándole vueltas—. ¿Por qué querría hablar conmigo?

—Puedo hacerme una idea —respondo mientras me abrocho el cinturón.

—Joder, pues dímelo —se abrocha el suyo.

—Está empeñada en buscarme pareja —hay silencio durante unos segundos.

—Em... —se queda pensativa—. Álex —llama mi atención—, ¿qué está pasando entre nosotros? —me tenso.

—No lo sé, Laura —siento sus ojos clavados en mí, pero no aparto los míos de la carretera—. Podría decirte que somos solo amigos, pero está claro que los amigos no se comportan así. Imagino que tu manera de ver las cosas es distinta a la mía. Yo estoy más chapado a la antigua.

—No lo entiendo —dice, confusa.

—Yo no puedo hacer lo que haces tú.

—¿Qué hago yo? —pregunta—. Por Dios, sé un poco más claro —tomo aire.

—Tú puedes acostarte con cualquiera por el simple hecho de pasar un buen rato y después no tener sentimientos hacia esa persona —suelto del tirón—. Yo no. Eso no va conmigo.

—Sí, bueno... —hace un pequeño silencio—. Son errores que se cometen cuando no se cree en el amor —la miro por una décima.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé —veo por el rabillo del ojo cómo baja su mirada—. Ni yo estoy segura de lo que me está pasando.

—Ahora el que no entiende nada soy yo —comienzo a ponerme nervioso.

—Álex —mi vello se eriza—. No sé cómo te tomarás esto... Quizás te asustes y ya no quieras hablarme más, pero estoy teniendo sentimientos extraños hacia ti y no sé cómo pararlos —freno para no chocar con el vehículo de enfrente. No he visto el semáforo en rojo.

—Seguro que estás confundida —trato de hacerla entrar en razón, no puede enamorarse de mí. No puedo corresponderla.

—No, Álex, todo encaja. Es como me explicaste aquella vez frente al cuadro del nudo celta —hace una pausa—. Me siento en un estado de euforia continuo en el que solo deseo estar contigo. Cuando estás cerca siento que puedo con todo —sonríe tímidamente—. Me ruborizo en tu presencia —sus mejillas se ponen rojas—. La mayor parte del tiempo solo puedo pensar en ti, e incluso estoy comenzando a sentirme celosa —un claxon nos sobresalta. El semáforo ha cambiado a verde y estoy obstaculizando el

tráfico.

—Seguro que es algo temporal —respondo rápidamente—. No te obsesiones. Muchas personas suelen confundir sus sentimientos. Seguro que lo que sientes hacia mí es solo aprecio. Pasamos bastante tiempo juntos, y como dice el refrán: “El roce hace el cariño” —necesito quitarle esa idea de la cabeza.

—Sí, quizás sea eso —gira su cara y mira por la ventanilla. Mi estómago se encoje. Odio hacerla sentir así, pero es importante que entienda que lo nuestro no puede funcionar.

Para mi desgracia, yo siento lo mismo por ella. Pero tener una relación nos dañaría a los dos por igual. Siempre estaría la sombra de Gema entre nosotros y no puedo condenarla a eso. Laura merece a alguien que la haga sentir única, feliz y querida. Por mucho que me esté enamorando de ella, yo no podré darle lo que necesita.

Minutos después, por fin llegamos a su barrio. El silencio incómodo que se ha instalado entre nosotros ha hecho que los últimos kilómetros se me hicieran excesivamente largos. Bajamos del coche y nos dirigimos a su piso. Cuando estamos cerca puedo ver a Miguel Ángel y a Sonia sentados en uno de los escalones del portal de Laura y respiro tranquilo. Necesitaba tanto saber que estaba a salvo. Al vernos se ponen en pie rápidamente.

Camino deprisa hacia mi hermana. Quiero echarle la mayor bronca de su vida. Odio cuando pone su teléfono en silencio y después se olvida de activar el sonido. Y, además, no tiene ningún derecho a meterse así en mi vida. Sé perfectamente a lo que ha venido. Cuando llego hasta ella y levanto mi dedo para comenzar me fijo en que sus ojos están rojos. Antes de que pueda hacer nada más se lanza contra mi pecho y me abraza.

—Álex, ¿qué ha pasado? —llora—. ¿Quién ha entrado en casa? ¿Qué buscaba? —Miguel Ángel debe de habérselo contado.

—Vamos, tranquila... —la abrazo. Toda mi ira se esfuma al verla así.

—No podemos volver a casa, tengo miedo —solloza. Tiene razón, si ha sido quien creo podría volver al no haberme encontrado allí.

—Lo solucionaremos. No te preocupes. Ahora cálmate y activa el maldito sonido del teléfono. ¿Sabes el susto que me has dado? —tiro de su barbilla para que me mire—. Te he llamado varias veces —seca sus lágrimas y saca el teléfono de su bolso.

—Lo siento... —dice al ver todas mis llamadas perdidas, y vuelve a abrazarme.

—Está bien. Me conformo con saber que estás a salvo, con eso me vale —beso su cabeza. Levanto la mirada y Miguel Ángel y Laura nos están observando.

—Tú —le señalo y me aparto de Sonia—. Debería romperte la puta cara —camino hacia él—. Creo que te dejé bien claro que no quería volver a verte, y menos con ella.

—Álex, déjale —mi hermana me sujeta—, si no llega a ser por él hubiera estado en casa cuando entraron —es cierto, si hubiera hecho lo que le dije Sonia quizás no estaría ahora mismo conmigo y la situación sería muy diferente.

—Sonia tiene razón —dice Laura con tono de enfado—. Creo que solo por eso deberías ser un poco más tolerante. Miki es una bella persona y jamás le haría daño.

—Ya has oído —dice Miguel Ángel con una amplia sonrisa—. Si yo fuera tú no las contradiría. Cuando dos mujeres se unen pueden llegar a ser muy peligrosas —las dos ríen con su estúpida frase, y trato de ignorarlo.

—¿Qué haremos ahora? —pregunta Sonia, preocupada.

—Podéis quedaros en casa —dice Laura.

—No —respondo—, puedo cuidar de una, pero no de dos. Necesito sacarte de Madrid durante algunos días —miro a mi hermana—. Creo saber quién está detrás de esto, y es importante que no sepa quién eres o también estarás en peligro.

—¿Se trata de...? —dice Sonia, alarmada.

—Es muy probable.

—¡NO! —grita—. Álex, tienes que irte tú también de aquí —Laura y su amigo nos observan.

—No puedo, he aceptado el caso. Necesitan mi ayuda para encontrarle.

—¿Para encontrarle? —sus ojos se abren.

—Sí... se escapó de la cárcel.

—¿Se escapó? ¿Vuelves a trabajar para la policía?

—Desde hace un rato.

—¿Qué? —pregunta Laura. No le dije nada todavía, esperaba hacerlo cuando estuviéramos más tranquilos.

—¿Queréis dejar ya el jodido interrogatorio? —grito, nervioso—. Sé muy bien lo que estoy haciendo —las dos cruzan los brazos al mismo tiempo. «Mierda. ¿No tenía suficiente con una?».

—Estoy pensando en lo de sacar a Sonia de Madrid —interrumpe Miguel Ángel, y por un segundo casi se lo agradezco. Mi simpatía termina con su siguiente frase—. Yo me voy en un rato para el pueblo. Puede venir conmigo si quiere.

—No —digo secamente.

—Sí —dice Laura, y la miro malhumorado—. La casa de mis padres está vacía. Puede quedarse allí los días que necesite. Seguro que ese animal no la encuentra.

—No pienso dejar que mi hermana vaya al pueblo con este —le señalo con desprecio.

—“Este” —responde Laura— es quien de una manera u otra ha salvado la vida a tu hermana. Deberías hablar con más respeto de él —sé que está devolviéndomela. Yo le dije exactamente lo mismo cuando hablé así de mi arma.

Tras discutir durante más de veinte minutos sobre el asunto, por fin consiguen que ceda. Laura le entrega a mi hermana la llave de su casa y finalmente se marcha con Miguel Ángel. Sé que allí estará lejos del Carnicero, pero no de las manos de ese mamón. Las tiene demasiado largas. Como le toque un solo pelo, se las cortaré.

Laura y yo subimos a su casa. Mientras se cambia de ropa yo hago algunas llamadas. Pongo en conocimiento a mis compañeros de lo que ha ocurrido y envían una patrulla a mi apartamento. Tratarán de buscar algunas huellas y custodiarán mis pertenencias hasta que alguien pueda ir a reparar la puerta.

Me recuesto en el sofá. El día está siendo agotador. Cuando estoy a punto de quedarme dormido, Laura llega con una bandeja y se sienta a mi lado. Se ha vuelto a poner esa camiseta larga que tanto me gusta y que deja al descubierto sus preciosas piernas. Presiento que lo que resta de día se convertirá en una gran tortura...